



III



ON Nicomedes Perolejos se volvió á Sevilla desahuciando tambien á D. Benito, y perdida ya la familia toda esperanza, sólo pensó en reforzar en lo posible el débil hilito de que pendía aquella vida tan amada, alejando toda molestia física y todo sacudimiento moral que pudiera acabar de cortarlo. Ocultóse al enfermo la gravedad de su estado, haciéndole creer que sólo le aquejaba un pasajero reuma, que la próxima primavera y las aguas de Alhama alejarían por completo; y esforzándose todos por presentarle siempre delante las risueñas cuanto engañosas perspectivas de la esperanza, lograron reanimar por algunos dias el ánimo abatido del enfermo, que sólo muy en confuso se habia dado cuenta del pasado riesgo.

Doña Tula no se apartaba un momento de su lado: sentada á sus pies en una sillita baja, le espantaba las moscas con un plumerito, y agotando todo el repertorio de sus melosidades y sus mimos, parecía una característica vieja, representando papeles de madre cariñosa y de esposa modelo. Mas cuando la infeliz señora traspasaba los umbrales de aquella estancia, en que reinaba siempre una temperatura primaveral, cuando se veía á solas con sus hijos sumidos en la misma aflicción, y representando la misma comedia, su dolor era tan verdadero, tan profundo y tan alborotado, que parecía una viuda del Malabar, dispuesta á quemarse viva sobre la tumba de su esposo.

Al salir de las habitaciones del enfermo, hubiérase creído pasar de una primavera de Nápoles á un invierno de Laponia: fuera todo era silencio, lágrimas comprimidas, sollozos sofocados, precauciones, que, por lo exageradas é inútiles, llegaban á ser ridículas. Habíase tendido en la calle una gran capa de arena, para que el rumor de los coches no advirtiese al enfermo que el menor ruido extraordinario desvanecía su cabeza; las campanillas habían perdido sus badajos, las puertas giraban sobre goznes untados de aceite, é iban á encajar en silencio en quicios cubiertos de trapo. Amos y criados an-

daban por la casa con chanclos de goma, para no hacer ruido, y un portero, de centinela siempre en el patio, hacía andar también de puntillas á la multitud de personas que acudían á inscribir sus nombres en el papel en que diariamente aparecía el verdadero estado del enfermo, por quien toda la población se interesaba.

Porque la muerte sorprendía á D. Benito encaramado sobre el pedestal de una de esas reputaciones anónimas, que nadie sabe dónde se cimentan, ni quién las ha formado; pero que sirven de cómodo sitio al que la goza, para tender impunemente la mano á los míseros mortales, con aquel aire de suficiencia, que parece reclamar para sí el dicho del poeta: *La amistad de un hombre grande, es un beneficio de los dioses...*

Era D. Benito, en efecto, uno de esos varones ilustres de provincia, padres de la reducida patria, ciudadanos benéficos al por menor, que dan al fin de su vida nombre á la calle en que murieron, y encuentran en la redacción del periódico de la localidad algún Plutarco que *con lágrimas todavía en los ojos*, escriba su biografía, *en una página de la historia cubierta con fúnebre crespon de luto*. D. Benito era Decano del ilustre Colegio de Abogados, había sido seis veces alcalde, dos diputado provincial,

una gobernador interino, siempre presidente de las Juntas de beneficencia, y siempre tambien defensor del orden, apóstol de la tolerancia, y escrupuloso guardador del respeto á los hechos consumados, sobre los cuales, segun su frase, aconsejaba la prudencia, estremecida de horror, tender un tupido velo.

—¡Orden!—decia aquel modelo de civismo, cuando una situacion se bamboleaba; y como orden, segun él, era lo que estaba arriba, y desorden lo que estaba abajo, resultaba que al ponerse siempre al lado del orden, quedaba tambien siempre con la sarten por el mango, al modo de los *Tente-Tieso*, que como quiera que se tiren caen de pié.

—¡Tolerancia! ¡No exasperemos las pasiones!—exclamaba compungido, cuando la impiedad combatia á la Iglesia, y la revolucion minaba el trono, y los ladrones de oficinas limpiaban el bolsillo público... Y cuando la Iglesia quedaba despojada, y el trono se hundia derumbado, y el bolsillo se declaraba en quiebra, acudia la prudencia de D. Benito, estremecida de horror, á tender un tupido velo sobre aquellos horrendos despojos.

Sólo una vez protestó: sólo una vez dejó á la vergüenza pública un hecho consumado, sin correr el tupido velo, ni estremecerse de hor-

ror, aunque sí cimbrándose de ira... Cuando los federales andaluces levantaron la cabeza, y le incendiaron una casa, y le arrancaron dos viñas, D. Benito corrió desalado á Madrid, centro del orden: instó, rogó, amenazó, intrigó, logrando al fin que le reedificaran la casa y le reintegraran las viñas, y enviaran á presidio á tres federales, y le nombraran ademas, como preservativo contra el porvenir algo brumoso, viceconsul de los estados de Nicaragua, con el salvador derecho de enarbolar en todas sus propiedades, á la menor señal de desorden, aquel pabellon de tres colores, que le prestaba á él solo, la colectiva inviolabilidad de trescientos cincuenta mil nicaraguos y nicaraguas.

Y tenia mucha razon D. Benito: porque la rectitud de sus ideas y la fuerza de su lógica, sólo á dos cosas se oponian; con sólo dos cosas no transigirian nunca. ¡Las demagogias! la demagogia roja y la demagogia blanca... Y sin embargo, despues de ser sublimado á la dignidad consular, todavia le parecia preferible—y lo aseguraba con la mano sobre el pecho,—pe-
recer mil veces víctima de los rojos, á echarse una sola en brazos de los blancos... ¡Ah! los conocia él bien: habia visto el año veintitres pasear clavadas en un palo las orejas de un librero liberal, arrancadas á su legítimo propieta-

rio por los serviles, feroces como chacales; como chacales del desierto!... Y cuando D. Benito refería el trágico suceso; cuando desencajaba sus dientes postizos para pronunciar una *a* gutural y arrastrada en la palabreja *chacaaales*, los perfumados pelitos de su peluca se ponían de punta, como diciendo que sí, que era verdad, que ellos recordaban todavía haberse erizado en aquel tiempo, al oír cantar la lúgubre Pitita, la Pitita ignominiosa:

Pitita, bonita,
Con el pio, pio, pon,
¡Vivan Fernando
Y la Inquisición!

Y todos le escuchaban pasmados, y todos quedaban convencidos: porque no era D. Benito hombre de pasión, sino de raciocinio; no era hombre de cálculos, sino de convicciones, de arraigadas convicciones, á que había llegado poco á poco, paso á paso, llevado por las lecciones de la experiencia, los escarmientos de la desgracia, y el conocimiento profundo de los hombres y de las cosas... Allá en su juventud, cuando, sin una peseta en el bolsillo, ni un arimo en el mundo, era pasante en la oficina de un notario pica-pleitos, sus ideas revolucionarias anunciaban ya las socialistas que hoy pre-

dominan. Cuando, más tarde, apareció instituido heredero universal en el testamento de un tío millonario, enriquecido con la venta de bienes eclesiásticos, sus ideas políticas tomaron un rumbo conservador, mientras en sus ideas religiosas se acentuaba, aun más, aquel matiz volteriano, que tomaba á risa los anatemas de la Iglesia. Mas la Iglesia firmó el Concordato de 1851, dejando escapar el *non sunt inquietandi*, que aseguraba el bolsillo de aquellos ladrones sacrílegos, si, arrepentidos de su pecado, querían confesarlo. Entónces nació en el pecho de D. Benito un amor tierno y sumiso hácia el el Vicario de Cristo; declaróse paladín de la Iglesia, y en los moldes de Constantino y Carlomagno, vació su adhesión al sucesor de San Pedro: tomaba la bula, hacía observar á sus criados ayunos y vigiliás, iba á las Cuarenta Horas, rezaba el Rosario, y los domingos, al salir para Misa, repartía un bolsón de cuartos entre los pobres, que puestos en hilera, le esperaban á la puerta de su casa... Ignorábase, sin embargo, en medio de tanta piedad, quién fuese su confesor ordinario.

¿Qué faltaba, pues, á D. Benito, para redondear su opinión, en el pequeño círculo en que encerraba sus modestas aspiraciones? ¿Entroncar acaso con alguna de aquellas familias aris-

tócratas de abolengo, que lo miraban por encima del hombro, recordando los protocolos del notario pica-pleitos? Pues por eso casó á Benita, su hija, con Sancho Ortiz de los Pinares, heredero de la casa más antigua de los caballeros del feudo... ¿Quizá alguna banda que cruzara la almidonada pechera, cuando de rigurosa etiqueta vestido, erguido el talle, airoso aun á los setenta años, acompañaba cirio en mano á la procesion del Corpus, ó visitaba las estaciones el Juéves Santo?... Pues por una serie de resortes tocados, y de combinaciones planteadas, y de desembolsadas sumas, la regia munificencia le habia al fin agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica. ¡Día feliz! ¡*Albo dies notanda lapillo!*...

Ya no le restaba sino retirarse á enseñar á leer á sus nietos, como Dionisio Siracusano á los niños de Corinto, despues de haber dictado leyes á Sicilia. Ya podía dejarse caer en el sepulcro, con su banda sobre el pecho, diciendo á la posteridad: ¡*Plaudite cives!*...

Pero por una de esas horribles muecas que el destino hace á veces á la suerte, á los tres dias de recibido el real despacho, que le alistaba en el número de las *Excelencias*, en el momento mismo en que iba á ceñirse por primera vez la ambicionada banda blanca y amarilla, para

asistir á un banquete á que el Gobernador de la provincia le invitaba, D. Benito dió un ronquido, y cayó en brazos de doña Tula, que le ponía la corbata blanca, herido por el primer latigazo de la muerte, que le tumbaba en tierra de un soplo, paralizada la mitad de su cuerpo, anegada en angustia y en terror inmenso, toda, toda su alma!...

¡Y creian los antiguos que una corona de laurel preservaba las sienes del rayo!...





IV



L tierno corazón de doña Tula había inventado dulces elipsis, cariñosas síncopas, con que trastornaba por completo los nombres de pila de toda su familia.

A D. Benito le llamaba *Beni*; á Lolita, *Lí*; á Lorenzo, *Renzo*; á Benita, *Nita*; y cuando Sancho Ortiz entró en la familia, y los enmelados pliegues de su amor de suegra llegaron á cobijarle, sus cariñosos labios fueron saltando, con la habilidad de un filólogo que indaga las raíces de un verbo griego, de Sancho á Sanchito, de Sanchito á Sanchin, y de Sanchin á un dulcísimo *Chicho*.

—¡Jesú y qué mujé más empalagosa!—decía el apuesto y varonil Sancho. Si cuando la oigo

hablar, me parece que bebo miel de caña en un pellejo seboso...

Y de aquí nació la antipatía profunda de galgo y liebre, la guerra encarnizada de raton y gato que á suegra y yerno dividía. Porque, á la semana de casado, y comiendo un domingo Sancho en casa de sus suegros, díjole doña Tula al servirle la sopa, con sus blandos arrullos de tórtola.

—Chicho... Chichito... ¿quieres puré ó pasta?..

Chichito se mordió los labios, y estuvo por contestar que —¡Demonios! —Contúvose, sin embargo, por respeto al pan de la boda, y limitóse á decir secamente:

—No me ponga V. motes, señora...

Doña Tula se quedó con la boca abierta y el gran cucharón de plata en la mano, y contestó redoblando sus mimos:

—Pero, hijo mío, si no es mote, es cariño...

—Pues no me quiera V. tanto.

—¡Arisco!... Aunque tú no quieras te he de querer, y siempre serás Chicho... Chichito...

—Pues mire V., señora, —replicó Sancho con el infantil enfado de un chico de diez años.

—Si me vuelve V. otra vez á decir Chicho...

Y aquí se detuvo un momento para medir de una ojeada á la diminuta y arrugada señora; y con esa fuerza imaginativa andaluza, que al po-

ner un apodo encierra en una sola palabra, así los rasgos sobresalientes de la víctima, como las misteriosas analogías que entre personas y cosas existen, concluyó muy sério:

—Le digo yo á V... *doña Cotufa!!*

Doña Cotufa sintió que el calor de sus entrañas de guindilla le subía á la punta de la lengua, y el cucharón de plata tembló en su mano, con el arranque de una peligrosa trayectoria... Contúvose, sin embargo, con más prudencia que su yerno, y puso punto final al asunto, comiéndose con el melancólico aire de una Dido desairada, una aceituna muy gorda. Desde entónces Sancho quedó para siempre Sancho, y doña Tula quedó para siempre doña Cotufa: el apodo llegó á oídos de los criados, corrió por la ciudad, é hizo fortuna.

De allí á poco, otra escaramuza tecnológica vino á hacer ya imposible toda reconciliación entre doña Tula y su yerno. Llamábala Sancho á boca llena *suegra*, y doña Tula rechazaba este nombre como poco cariñoso, demasiado vulgar, y aun propio sólo de gente ordinaria: empeñábase en que había de llamarla, su *madre política*.

—No, señora, —replicaba Sancho, con su terquedad de niño mimado. Usted es mi suegra y yo soy su yerno.

—¡No, señor!—disputaba doña Tula. Soy la madre de tu mujer, y por lo mismo tu madre política.

—Que es lo que en toda tierra de garbanzos se llama *suegra*... Hasta los evangelios dicen, que San Pedro tenía una suegra, que se llamaba—¡Virgen de Consolacion, libranos!—*Perpétua*!!...

—Será lo que quieras,—dijo doña Tula, apelando al patético; pero es muy triste para mí, que no quieras darme el nombre de madre...

—¡Madre!—replicó Sancho con cierta ironía amarga. Madre no se tiene más que una en la vida, y á la mía se la comió ya la tierra.

—¿Y no estoy yo aquí para sustituirla?... Siempre serás para mí, mi hijo político.

—Y V. para mí... mi suegra *impolítica*.

Y rascando Sancho las varillas del abanico de su mujer, cual si fuese una guitarra, cantaba en tono lastimero:

Quién me diera la suerte
De Adán y Eva,
Que en su vida tuvieron
Suegro ni suegra.

Don Benito se reía á carcajadas, como un simple mortal, porque todo lo de su yerno le caía en gracia, y la discusión quedó pendiente: pero de allí á poco, encontró un día Sancho en

casa de su suegra á unas señoras forasteras, que se hallaban de visita. Presentóle á ellas doña Tula, diciendo con labios de caramelo:

—Sanchito Ortíz, mi hijo político...

Y Sancho, haciendo un saludo que rebosaba á la vez garbo andaluz, elegancia natural, desparpajo no visto y frescura inaudita, dijo, indicando con el dedo á la mísera doña Cotufa, é imitando su mismo meloso tono.

—Tulita Gomez, mi suegra *impolítica*.

Las señoras se echaron á reír, y doña Tula, corrida como una mona, convocó indignada el consejo de familia, y propuso cerrar para siempre las puertas de la casa paterna al indomesticable yerno. Mas D. Benito tomó á broma el asunto, dijo que cada cual tiene en este mundo sus cosas, y Sancho tenía las suyas, y corrió el tupido velo de su prudencia sobre aquel hecho consumado, tocándole esta vez á doña Tula estremecerse de horror, y á Sancho desternillarse de risa. Derrotada quedó, pues, doña Cotufa en toda la línea, y pudo en adelante el feroz hijo político perseguir á mansalva á la *impolítica* suegra, que le miraba siempre con el mortal recelo de la suave gata, á vista del áspero mastin que domina en la casa.

La enfermedad de D. Benito vino á agriar más y más aquellas relaciones, ya de suyo tan

tirantes. Sucedia á doña Tula y á sus hijos, lo que á todos los que piensan mucho en precaver un peligro; que acaban por familiarizarse con él, y llegan á perderle el miedo por completo. A fuerza, pues, de infundir confianza al enfermo, acabaron por recobrar ellos la que habian perdido, y tiraban planes para el porvenir, como si la catástrofe anunciada amenazara, á lo más, desde léjos. Sólo Sancho, profeta de desdichas en aquella casa, complaciase en recordar á cada paso el peligro, no tanto por interes hácia su suegro, como por el gusto de hacer rabiarse á su suegra. Tenia ésta el proyecto de trasladar al enfermo, no bien pasaran los frios, á una linda quinta llamada *El Paraiso*, que á media legua escasa de X.** poseia. Oíala Sancho exponer sus planes, y haciendo una mueca, decia:

—¿Al Paraiso?... ¡Hum!... Lo más cerca que se queda es en el Purgatorio...

—¡Me revientan tus gracias!—gritaba doña Tula. ¡Gracias de jitano, de cuartel, de cabo de barrio!... Si los médicos no saben curarlo, Dios oirá nuestros ruegos y hará un prodigio...

—¡Sí!... Fíate de Dios y no corras...

—Es que se corre al mismo tiempo... Nosotros cuidamos hasta de su respiracion, y Dios cuida hasta de los pajaritos.

—¡Mucho!... por eso tienen las pantorrillas tan gordas.

—¡Eres hasta irreverente, Sancho!... No tienes temor de Dios, ni fe, ni confianza... Benito hace demasiada falta para que Dios se lo lleve: un hombre tan indispensable, tan recto, tan cristiano...

—¡Un santo... abogado por más señas!—replícabase Sancho. Por eso habrá que decir de él, lo que de San Fidel de Sigmaringa.

Santo es el que fué abogado...
¡Grande es el poder divino!
Le costó ser capuchino,
Y morir martirizado.

Doña Tula, indignada y llorosa, se retiraba al monte Aventino, y quedábase Sancho triunfante, gozoso al verla rabiarse, con esa especie de crueldad en que incurren á veces los andaluces, por su prurito de buscar en todo, hasta en las cosas más serias, motivo de burla y entretenimiento.

Pensóse al fin en traer á D. Benito sus dos nietos, para proporcionarle, en sus terribles ocios de enfermo, la distraccion de enseñarles á leer: tarea para él entretenidísima, que poco antes del fatal ataque habia emprendido, con sencilla candidez de abuelo, y vanidad de erudito, no ignorante de que Jenofonte escribió la Cy-

ropedia, Aristóteles enseñó las primeras letras á Alejandro, hijo de Filipo, y San Jerónimo habia dirigido una maravillosa epístola *ad Laetam, de institutione filiae*. Los chiquillos acogieron con entusiasmo el pensamiento, recordando las pingües cosechas de anises y de almendras, que por arte mágico brotaban de sus propias orejas, al contacto de la mano del abuelo, cada vez que atinaban con la *a*, ó no la confundian al ménos es con la *z*: porque D. Benito, consecuente en todo con sus ideas, cimentaba su método de enseñanza en la más paternal indulgencia. Esperaba, pues, impaciente á los nietos, sin poderse mover el infeliz de su poltrona, y teniendo al lado una mesa en que se veian de manifesto dos eruditos silabarios, y otros tantos *Juan de las viñas*, que, como preámbulo para reanudar con fruto las tareas escolásticas, queria regalar á sus microscópicos discípulos. A su lado estaba doña Tula, árbitro supremo en aquellas lides literarias, sentada á los pies de su esposo, con el continente de aquel buho, emblema de la sabiduría, que suele pintarse junto á la docta Minerva.

Los chiquillos se escaparon, al entrar, de las manos de su madre, y ligeros como pájaros corrieron al abuelo, á quien no veian desde la fatal mañana de Todos Santos. Mas, á la mitad

de la pieza, sus inquietos piececillos se clavaron en la alfombra, y en sus angelicales caritas se retrató á la vez la sorpresa y el espanto... En vez del acicalado abuelo que ellos conocian, se les presentaba delante un monton de ropa, de donde salia un rostro cadavérico, envuelto en un gorro negro, con las cejas sin pintar, la dentadura sin poner, la barba desteñida, blanca en las raíces, amarilla en los medios, sólo negra en las puntas. D. Benito extendió hácia ellos su flaca y temblorosa mano, y abrió la boca para llamarlos; los chiquillos espantados echaron á correr, y ocultaron sus caritas en las faldas de su madre.

Entónces sintió el pobre viejo, que allá, de lo más hondo de su alma, se le escapaba una cosa; una cosa alegre y agradable como la esperanza de la vida, dejándole en su vez otra cosa; otra cosa, triste y fria como un hoyo abierto en la tierra... Era que el espontáneo terror de los niños le revelaba de un golpe la horrible mutacion que en él se habia operado, y los cariñosos engaños de que estaba siendo víctima: era, que aquellos ángeles, que corrian asustados, se cruzaron en su imaginacion con otro ángel que se acercaba hácia él, sereno é implacable. El ángel de la muerte.

Así lo comprendió D. Benito, y se echó á

llorar desconsolado. Aterrada doña Tula quiso remediar el yerro, obligando á los niños á que abrazasen al abuelo. Mas los chiquillos se agarraban llorando al cuello de su madre, sin que halagos ni amenazas les persuadieran, y el más pequeñito, que aún no contaba seis años, levantaba poco á poco la carita, asomaba un ojito para mirar al abuelo, y asustado la volvía á esconder en el seno de su madre, diciendo muy bajo:

—¡Qué feo es, mamá!... ¡Qué feo!... ¡Paece uno Cancon!...



V



QUEL golpe, que nadie pudo precaver y que manos tan inocentes descargaron, anonadó por completo á D. Benito. Al dia siguiente no quiso levantarse del lecho, y cuando alarmados sus hijos fueron acudiendo uno á uno, á todos los recibia con triste silencio y lágrimas abundantes. Atribuyeron al pronto á lo débil de su cabeza aquella sensibilidad exagerada, y pensaron en traerle de nuevo á los nietos, á ver si, mejor aleccionados éstos, curaban ellos mismos la herida que tan inocentemente habian abierto. Mas D. Benito no quiso verlos, y permaneció todo el dia sumido en una especie de angustioso letargo. Llegó la caída de la tarde, con esa tris-